

El conductismo explicativo y comprensivo de Laín

Yo, como tantos, he pasado largas horas con los libros de Laín. A ellos les debo bastante de lo que sé y no poco de lo que soy. Vaya aquí por delante el reconocimiento de mi deuda y el testimonio de mi gratitud.

El Laín permanentemente estudioso e increíblemente abarcador que ha escrutado al hombre, a España y al mundo a través de la historia, la literatura, la ciencia y la filosofía, vive en muchos hombres contemporáneos y vivirá en muchos hombres del futuro. A él, que tiene en la cabeza la historia entera de la medicina, le gusta citar unas palabras de Galeno: «Gracias a las manos y a las letras puede el hombre conversar con Hipócrates, Platón, Aristóteles y otros antiguos». Por las letras de los libros de Laín y por las manos que las escribieron puede el hombre de hoy y podrá el de mañana conversar con él y con él seguir —¿siempre?— conversando. Con su trabajo intelectual se ha ganado, al menos, esa precaria inmortalidad de la pervivencia en los otros que cantó Jorge Manrique en sus coplas y que a la mayoría de los hombres, absorbida por la intrahistoria cotidiana, le es inaccesible.

Creo que siempre, mientras el hombre dure y piense, encontrará en la obra de Laín un motivo principal de agradecimiento y diálogo: su intención casi constante de aunar e integrar, en verdades cada vez más amplias, las distintas perspectivas que, al correr de los tiempos, la humanidad ha ensayado para explicar y comprender al hombre en su naturaleza y en su vida, en su lengua y en su historia. Como él nos ha dicho, hay dos modos de pensar, el heretical, que separa, y el pontifical, que une. Laín es el prototipo del pensador que hace puentes, que abarca y unifica. Ha indagado las peculiaridades del español en diversas épocas y generaciones, la geografía íntima y la historia de España, ha estudiado la biografía esencial de múltiples españoles egregios, ha reflexionado con pulcritud erudita sobre la condición y la situación del hombre en la historia y en el mundo, sobre los grandes interrogantes que plantean la vida y la muerte, sobre el hombre sano y el enfermo, acerca de la amistad, el amor, la creencia, la espera y la esperanza, la persona del prójimo, la historia y la teoría de la medicina. Ha elaborado, en fin, una de las síntesis más completas de antropología médica.

Detengámonos unos instantes en esta obra reciente de Laín.¹ La primera parte, de casi doscientas apretadas páginas, es un esbozo, a la vez pormenorizado y sucinto, de una antropología científica de sumo interés para el psicólogo. En ella plantea y en bue-

¹ Antropología Médica. Barcelona, Salvat, 1984.

na parte resuelve —o propone vías para su solución— muchos problemas que nos atosigan hoy a los psicólogos de todas las orientaciones y latitudes.

La psicología actual se caracteriza por su intento de superar, sin dejar de ser ciencia, el conductismo positivista que reducía al hombre a puro objeto. La psicología era concebida como la ciencia de la conducta y la conducta como un *objeto físico* resultante de la conexión entre *estímulos* —energías físicas— y *respuestas* —movimientos físicos también—. El panorama ha cambiado. Hoy, de una parte, la psicología llamada «cognitiva», presente siempre en la psicología experimental europea y de crecimiento inudatorio durante los últimos decenios en la psicología anglosajona, y, de otra, la dialéctica marxista de los psicólogos soviéticos y de la Europa del Este, convergen hacia una psicología del hombre como sujeto personal, social e histórico, capaz de conducirse de forma subjetivamente significativa. El hombre no sólo levanta el brazo y extiende la mano como reacción a ciertos estímulos que le excitan y según ciertas leyes mecánicas que rigen la actividad de sus huesos y músculos; no sólo ejecuta esos movimientos de acuerdo con los hábitos y normas de una cierta sociedad y cultura: hace todo esto *para* saludar. No sólo, en una situación dada, avanza una pierna tras otra, sino que realiza estos movimientos *para* escapar de un peligro percibido o acercarse a una meta deseada o propuesta.

La conducta del hombre acontece mediante movimientos físicos que responden a una situación estimulante en un mundo espacio-temporal, social e histórico, y se integran en una acción significativa para el sujeto.

Si el psicólogo quiere estudiar la conducta efectiva del hombre tiene que atender, a la vez, a su carácter físicamente real y a la significación biológica y personal que para el sujeto indudablemente tiene. Es lo que intentan, como dije, los recientes enfoques.

Los fundamentos epistemológicos y filosóficos de estas nuevas orientaciones de la psicología distan mucho, sin embargo, de estar claros; son, más bien, dispares, confusos y, con frecuencia, precarios. Buena parte de la «psicología cognitiva» reconoce lo subjetivo como «mental» y, obediente a la sólida metáfora del computador, propende a reducir lo mental a mera computación o procesamiento automático de información. Enriquece el conocimiento de la respuesta con el examen de los procesos que llevan a ella, pero, finalmente, reduce al hombre a puro mecanismo somático y psíquico. Para sortear el peligro del *ghost in the machine*, es decir, para evitar la admisión de un homúnculo fantasma que, alojado ininteligiblemente en alguna glándula pineal, dirigiera los mecanismos somáticos, cae en el no menor contrasentido de introducir *the machine in the machine*, de situar una nueva máquina mental en la máquina corpórea, con lo que desaparece toda posibilidad de dar cuenta de la significación personal de la conducta. Por su parte, la dialéctica marxista se ejerce dentro de un enfoque dogmática y ambiguamente materialista, difícil de conciliar si no es con metafóricos y no suficientemente explicados saltos de lo cuantitativo a lo cualitativo con el carácter fundamentalmente, aunque no exclusivamente, personal y libre de la conducta humana.

No quiero decir que estos dos sean los únicos enfoques vigentes en la psicología de hoy. Hay otros muchos, si bien todos participan de la misma pretensión: elaborar una psicología del hombre como sujeto psicoorgánico de acciones subjetivamente significativas. Existen múltiples orientaciones psicodinámicas y psicoterapéuticas (se han contado

hasta ciento cuarenta) y existen abundantes psicologías que se fundamentan epistemológicamente en motivos individuales y sociales del hacer científico: la ciencia, incluida la psicológica, no avanza por el ajuste progresivo entre las teorías y los hechos, sino por la sucesión de *paradigmas* o modelos de hacer ciencia que, por razones históricas y sociológicas, son aceptados o rechazados por la comunidad de científicos. La psicología, en particular, no ha alcanzado la madurez paradigmática. Existen muchos modelos de hacer psicología. Aténgase cada uno al que más razonablemente le plazca y consideremos, por el momento, que la psicología es el conjunto, metodológicamente diverso, de estudios y campos psicológicos fragmentarios y dispares.

Esta es, a grandes rasgos, la situación de la psicología actual. Un saber que se esfuerza por estudiar la conducta del hombre como acción psicoorgánica personalmente significativa y que lo hace, según he mostrado con alguna extensión en otro lugar,² de forma *pletórica, frustrante y desunida*. Pletórica, sin duda: el crecimiento de la investigación psicológica es casi exponencial y, en algunos sectores, como el biopsíquico y más particularmente el neuropsíquico, figura, junto a la biología molecular y a la física del núcleo, a la vanguardia de la indagación científica. Frustrante, sin embargo: en general, cuanto mayor es la precisión y la validez interna de un estudio, tanto menor suele ser su aportación para entender la conducta humana, y, viceversa, cuanto mayor es la importancia humana del tema considerado, tanto menor suele ser, salvo raras excepciones, la precisión metodológica del estudio. Conocemos, por ejemplo, con gran exactitud, la función de los conos y bastones en la adaptación a la oscuridad; por el contrario, no existen más que dudas y tanteos y múltiples explicaciones dispares para entender el miedo a la oscuridad. Desunida, también: no existe hoy *una* ciencia psicológica, hay muchas y muchos modos de concebirla, hay fragmentos disgregados de ciencias psicológicas: conductismos operacionales o cognitivos, apoyados en teorías mediacionales o radicalmente empíricos, cognitivismos computacionales o atentos al conocimiento intencional del significado, desconcertante diversidad de psicologías psicoanalíticas, transaccionales, transpersonales, humanistas, históricas, socioculturales...

¿Hay alguna manera razonable de salir de esta situación un tanto caótica? Yo creo que sí. He expuesto largamente mis razones en el lugar antes citado y en otros escritos.³ Ahora se trata de examinar, aunque sea sucintamente, el pensamiento de Laín sobre la cuestión.

Creo que entre las propuestas filosóficas contemporáneas hay dos españolas, la de Ortega y la de Zubiri, que pueden servir de orientación a una psicología científica abierta a los grandes problemas y misterios de la conducta humana. La psicología, incluida la española, apenas las ha aprovechado. Merece la pena hacerlo. Disponemos para ello de estudios que acercan esas dos filosofías al planteamiento e indagación de los proble-

² «*Toward a unified psychological science: The meaning of behavior*», en Staats y Mos (eds.), *Annals of theoretical psychology*. New York, Plenum, 1987.

³ «*Conciencia, cuerpo y conducta*», Rev. Univ. Madrid, 1963, 11, 41, 7-29; La estructura de la conducta: Estímulo, situación y conciencia, *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 1974; «*La estructura de la conducta: El sujeto y la respuesta*», Homenaje a Marías, Espasa, 1984; «*El hombre, el azar y la necesidad*», en ¿Qué es el hombre?, *Instituto de Ciencias del Hombre*, 1986; «*La Psicología: ayer, hoy y mañana*», en P. Fraisse (dir.), *El porvenir de la psicología*, Madrid, Morata, 1985.

mas psicológicos. Me refiero a la obra de Marías, sobre todo en sus análisis de la estructura empírica de la vida humana, por ejemplo en su *Antropología Metafísica*, y a la obra de Laín, sobre todo en su elaboración de un *conductismo explicativo y comprensivo*, por ejemplo en su *Antropología Médica*.

En varias partes de este libro declara y muestra Laín que el método del conductismo explicativo y comprensivo es el único adecuado para construir una antropología científica, y, por tanto, una antropología médica. Hay que añadir que, por las mismas razones, es el método que precisa una antropología psicológica y toda psicología que pretenda dar cuenta suficiente de la acción del hombre.

Consiste el método en estudiar no la idea del hombre, sino al hombre viviente y actuante, al hombre en su conducta y a través de ella. De ahí la justificada denominación de conductismo. La conducta y el hombre que se conduce aparecen, desde luego, y pueden y deben ser considerados como *objetos* espacio-temporales, físicamente observables y registrables, que exigen ser «explicados» mediante el conocimiento científico-natural de las leyes y relaciones funcionales que rigen sus fenómenos y que descubren su «cómo» y su «porqué». Es el único método, ideado por el Occidente renacentista y barroco y desde entonces ya irrenunciable, que permite la elaboración de la física, la química, la biología, la psicología y la sociología empíricas y experimentales, absolutamente imprescindibles para conocer con rigor la totalidad del hombre y su conducta.

Pero la efectiva realidad de la conducta y del hombre no se agota en su pura consideración objetiva. La conducta, en toda su complejidad factual y psicoorgánica, se elabora mediante *acciones personales*, con sus componentes de *intimidad subjetiva* y de *libre decisión*, que más que ser «explicadas» por medio de leyes de causalidad eficiente exigen ser «comprendidas» indagando su «para qué», su finalidad y su sentido.

«Tal conductismo —dice Laín— se propone conocer, pues, al hombre que tengo ante mí, mas no sólo como objeto, también, y al mismo tiempo, como persona individual, social e histórica; esto es: como individuo corpóreo, viviente y personal, dotado de tal figura y tal estructura, que ante mí hace una vida a un tiempo susceptible de observación y experimentación objetivantes y de observación y penetración comprensivas» (p. 7).

La visión objetivante de la conducta, propia de las ciencias naturales del comportamiento, y la descripción e interpretación del sentido de las acciones humanas que la componen, propias de la fenomenología y la hermenéutica de las vivencias, deben ser unificadas en un conductismo a la vez explicativo y comprensivo. Las dos perspectivas son imprescindibles y complementarias, las dos se coimplican y mutuamente se exigen.

Todo el libro de Laín lo pone de manifiesto y ejemplifica. Examina la realidad humana en sus diversas estructuras, siempre psicoorgánicas, solidarias entre sí y dinámicas, de carácter predominantemente operativo, impulsivo, signitivo, cognoscitivo, expresivo, pretensivo o posesivo. Sobre ellas se apoya el dinamismo del vivir humano, siempre y a la vez, biofísicamente corpóreo y dotado de sentido. El que actúa y piensa y decide es el hombre, no su psiquismo, su cerebro o su cuerpo, no la sociedad o la cultura. Pero decide y piensa y actúa porque está constituido por ciertas estructuras de las que el psiquismo, el cuerpo y el cerebro y el influjo modelador de la sociedad y la cultura son notas intrínsecas y, según los casos, predominantes o subordinadas.

No es que el hombre utilice desde fuera, por así decirlo, su psiquismo o su cuerpo, como si éstos fueran meros instrumentos externos a su propia realidad. No hay más realidad constatable que la estructura psicoorgánica activa en que el hombre consiste, que es, a la vez, un «quién» que se va definiendo en sus acciones y un «qué» que le permite y exige, precisamente, irse definiendo personal, corpórea y temporalmente. No es que el psiquismo influya, desde un mundo mental separado, en los procesos somáticos, ni éstos en aquél. Todo el pensamiento occidental, desde Descartes, no ha logrado hacer inteligible la interacción entre una *res cogitans*, pura *mens*, *cogitatio* o *conciencia* inespacial, y una *res extensa*, pura espacialidad mecánica e inerte. Es el hombre, como realidad psicoorgánica el que psicoorgánicamente actúa y se conduce. Es lo psicoorgánico lo que influye en lo psicoorgánico a través de las leyes naturales y las acciones significativamente humanas que aquéllas posibilitan y exigen. Con palabras de Zubiri, Laín afirma, e ilustra en cada caso, que todo lo psíquico transcurre orgánicamente y todo lo orgánico psíquicamente. No es, por ejemplo, en una cierta zona del cerebro *donde*, de pronto, los procesos exclusivamente neurológicos que se inician en la retina se transforman en visión; más bien es entonces *cuando* todo el proceso psicoorgánico que comienza en la estimulación retiniana, integrada, por lo demás, en la actividad previa del organismo y en las expectativas del sujeto, se cumple como vivencia perceptiva.

Y es, precisamente, la actividad de la total estructura psicoorgánica la que, al menos parcialmente, se personaliza y hace propia por la libre decisión, siempre exigida y, al tiempo, limitada por la naturaleza, el destino, el azar y el carácter, y siempre más o menos abierta, en el discurrir de la biografía humana, a su íntima autoposesión. El conocimiento del hombre es, por eso, transparente y opaco, porque se funda en la intimidad significativa y consciente, sin la cual no habría ni conducta humana, ni ciencia de esa conducta, y, a la vez, en la actividad de estructuras psicoorgánicas factuales. Ese conocimiento sólo puede avanzar mediante la investigación científico-natural, en interminable pero autocorrectiva verificación y refutación experimentales, y mediante la indagación fenomenológica y comprensiva de las vivencias que efectivamente el hombre experimenta, en interminable y autocorrectiva formulación de conjeturas sobre su sentido.

Las preguntas capitales de Laín, las que creo que debe hacerse el psicólogo, si, además de realizar con el máximo rigor sus investigaciones empíricas y experimentales, quiere contribuir a entender de verdad la conducta humana, son las siguientes.

¿Cómo tiene que estar constituida mi realidad psicoorgánica para que mi íntima experiencia sea como es? ¿Cuál es la neurología, cuáles y cómo los procesos cognoscitivos y apetitivos y cuáles las relaciones comportamentales observables de mi actividad general, de mi actividad consciente, de la espacialidad, la temporalidad y la expresividad de mi existencia?

Y, al mismo tiempo, ¿cómo tiene que ser la realidad del hombre para que con tales estructuras psicoorgánicas y tales leyes y mecanismos pertenezca tan esencialmente a mi vida la apercepción de mí mismo y la apertura a mi libre autoposesión?

Ortega distingue entre acción y actividad. Acción es lo que hacemos por algo y para algo, por estos o aquellos motivos y con este o el otro fin. Actividad son los recursos que se ponen en marcha para proyectar y ejecutar la acción. Yo me propongo la acción de escribir un poema. Pero, para ello, cuento con una mayor o menor aptitud, con una sensibilidad más o menos excitable, con un equilibrio sentimental y emotivo más o menos sólido o lábil, con una voluntad firme o débil, vivo en un mundo socio-económico, en una clase social y en un período histórico y una cultura que incitan y facilitan o cohiben y dificultan la acción pretendida. Yo añadiría, como creo que hace Laín, que la actividad no es sólo un recurso que posibilita o dificulta la acción, sino que, de muchas maneras, la provoca, modula y limita. Entender la acción del hombre exige, desde luego y ante todo, comprender el sentido de su conducta, los fines y motivos personales en que se fundamenta, pero demanda, no menos perentoriamente, conocer las posibilidades, características y limitaciones que le imponen las circunstancias de sus estructuras psicoorgánicas, su aprendizaje previo y el mundo social y cultural en que actúa.

La acción no es del todo inteligible sin la actividad, ni la actividad lo es sin el sentido que le confiere la acción. La acción y la actividad no son dos realidades separadas e independientes. La acción se elabora con la actividad y las actividades se asumen en la acción. Hay una perpetua tensión dialógica, dialogal y dialéctica entre el *hecho* fáctico que es la conducta indagable por el estudio de su funcionalidad legal, y el *suceso* personal y comprensible en que también la conducta consiste, indagable por la fenomenología hermenéutica de las vivencias, como he intentado mostrar en *Logos y diálogos*.⁴

Es lo que pretende esclarecer Zubiri, a quien Laín sigue y continúa, con su interpretación del hombre como substantividad de notas psíquicas y orgánicas, irreductibles entre sí, pero referidas todas intrínsecamente a la estructura total. Mi inteligencia, irreductible a lo meramente orgánico y material, es inteligencia de la estructura psicoorgánica de este ser vivo y personal que yo soy, como mi sensibilidad lo es de esa misma estructura. Soy inteligencia, pero sentiente; soy voluntad, pero tendente; soy sentimiento, pero afectante. Mi vida es, sobre todo, *bíos*, biografía, drama con argumento y sentido, pero no pura concatenación de significaciones en un mundo ideal. Mi vida como *bíos*, como biografía, se fundamenta en mi vida como *zoé*, como psicobiología, que determina que mi hacer biográfico se distienda corpóreamente en un tiempo que es, a la vez, *duración cronobiológica* de un sujeto *agente* y *paciente* cuya actividad se articula en un *antes*, un *ahora* y un *después*, *temporalidad personal e histórica* de un sujeto que es *autor* e *intérprete* de las acciones que decide y articula en un *pasado* siempre reconstruible en su sentido, un *presente* proyectante y un *futuro* pretendido e incierto, y *temporalidad de emplazamiento* de un sujeto que es también *actor* y *espectador* de su transcurso vital entre el *nacimiento*, el *cumplimiento* y la *muerte*.

Para el estudio de la conducta humana, que es acción subjetivamente significativa, pero realizada mediante actividades psicoorgánicas en un mundo físico, social e histórico, son imprescindibles y deben aunarse las dos perspectivas que en el hombre descu-

⁴ Homenaje a X. Zubiri. Madrid, Moneda y Crédito, 1970, vol. II.

bren la observación objetivante y la fenomenología hermenéutica. El método idóneo para este estudio es el conductismo explicativo y comprensivo que propone Laín.

Esclarecer en qué consiste tanto el componente explicativo como el comprensivo, cuáles son sus respectivas posibilidades y limitaciones, y qué significa la «y» que presuntamente los integra en el estudio de la conducta humana, es uno de los problemas fundamentales que la psicología contemporánea tiene planteados y que afanosamente intenta resolver. La obra de Laín es, creo, un paso importante hacia la solución de ese problema.

Mariano Yela



Con Xavier Zubiri